

CRÓNICA

El doctor de Lola

Kaoru Yonekura / Ucab /
kaoru.yonekura@gmail.com

En febrero del 2001 murió el doctor Arturo Uslar Pietri, hombre conocido en la política e intelectualidad venezolana y desconocido en su cotidianidad más íntima. Esta crónica muestra al doctor que su mucama “Lola” conoció y que como ningún otro personaje prominente del país aún lamenta su partida.

“El doctor de Lola” fue ganadora del primer lugar en el I Concurso de Crónica Urbana organizado por la Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello”.

El 26 de febrero de 2001, el Doctor se antojó der partó que él se había quitao’. Ese era el que yo tenía que alisarle para él. Ir el siguiente día al médico... Voy y prendo la plancha que tenía aquí abajo y la plancha no me prende. Subo a buscar la otra, pero voy en puntilla. Él sintió los pasos míos y me llamó. Yo le digo: ahorita subo, Doctor. Y me dice: “No. Quiero que suba ahorita, porque ahorita es que yo la necesito más y usted no me va hacer caso”... Entonces, me dice que le acomode la almohada y le acomode las medias, “porque yo quiero que sea usted”... Cuando le levanto la cabeza, me dice que lo disculpara. Me apreta la mano, me dice que siguiera siendo como era yo... Que se está yendo ya... Él está cerrando los ojos y yo le dije que no, para allá no, que abriera los ojos. Él los abrió y expiró. Fue entonces cuando Lola cerró los ojos del doctor Arturo Uslar Pietri, quien después de tanto mirar al país, se despidió de él, mirándola.

Con el traje escogido por él mismo para tal ocasión y planchado desde hace unos meses, Lola vistió al Doctor. Este hombre de altísima categoría no debía exhibirse en pijama, ni siquiera delante de su hijo Federico. Lola ajustó hombreras, pliegues y botones, y algo en ella se desajustaba para siempre. Claro, mi amor. Toda una vida... Toda su vida.

María Dolores Morillo “Lola” llegó a la quinta 49 de la avenida Los Pinos de La Florida a las 3:00 de la tarde de un miércoles. Ya la esperaban para su entrevista doña Isabel Planchart y su secretaria. Encantada por un jardín adornado de papagayos, corralitos rojos, mangos, un manzano, un peral y con el desencanto que produce el desempleo, Lola entregó las dos cartas de recomendación que le fueron solicitadas: la de sus pasantías en el Consejo Municipal de Carora y la de un señor que tenía de esos helado granizado. Sus dos cartas no parecían llenar las expectativas para trabajar en el hogar de la notoria familia caraqueña que hacía vida en un diseño de Carlos Raúl Villanueva. Y es que la gente como Lola no recibe muchas cartas, mucho menos cuando viven en Carora. Además, ese zarcillo que sobresale de su nariz inquietaba a su entrevistadora.

—Póngame a prueba y si yo le sirvo, bueno, usted se queda conmigo fijo y si no, usted me paga y me regala algo más porque yo tengo a mis hijos chiquitos...

—Isabel, agárrela —sugiere el Doctor colocándole la mano en el hombro a Lola.

—Usted no se meta en esto. Se mete en todo lo que yo digo —contesta doña Isabel.

—Me gustó la frase que ella dijo. Vamos a ponerla a prueba y si, como ella dice, no hace bien el trabajo, bueno, le pagamos su día y que se compre su pasaje para Carora.

—Véngase el miércoles —cierra doña Isabel luego de un silencio y muchas dudas.

—El miércoles la quiero ver temprano aquí —es la primera orden del Doctor.

Y Lola cumplió la orden.

Para el desayuno, Lola había puesto la mesa del pantry y de una vez, la del comedor para el almuerzo. Supo poner hacerlo porque en las telenovelas criollas, las mesas se disponen para la fantasía de los venezolanos glotones: mantel bien planchado, servilletas de tela bien planchadas, copas bien pulidas, cuchillos bien puestos según los platos a servir...

—A mí no me gusta así —indica el Doctor convocando a la excelencia.

—Pa' que me rinda el tiempo tengo que hacerlo así, porque esta casa es grande —contesta la caroreña sabedora de sus menesteres.

—Está bien.

Así pues, Lola inició sus atenciones para la señora de la casa: Isabel, dama hermosísima, prudente, devota de la cultura, a quien había que ayudarla a bañarse y había que ayudarla en todo. Ya tenía el mal ese... Finalmente, Lola sirvió el almuerzo: entrada, plato principal y postre... Ha culminado la prueba. Lola ya no volverá a Carora.

—¿Aló, papá? ¿Sabe dónde estoy trabajando?... En casa del doctor Uslar Pietri.

—Hija, no sea tan embustera, ¿cómo me va a decir que está en la casa del Doctor?

No me creyó, porque cuando el Doctor se lanzó pa' ser presidente, mi papá dejó de ir a trabajar para irlo a ver a Santa Bárbara del Zulia... Y mi papá siempre leía cosas del Doctor.

Desde aquel jueves y hasta siempre, la jornada de Lola comenzó a las 6:00 de la mañana y terminó pasadas las 9:00 de la noche. Cualquiera día de la semana fue la misma vida doméstica abajo y arriba, de esquina a esquina, sin vacaciones decembrinas y domingos libres intercalados. De manera que una salía cada quince días. Entonces, me iba y me paraba ahí en el Cada. Mientras tú te ibas, yo te cuidaba el carro. Salías y te ayudaba a meter los corotos ahí y si alguien necesitaba que le limpiara la casa, se la limpiaba pa' poder reunir... En la placita esa que está aquí, un señor vendía comida los sábados. Entonces, yo le lavaba los corotos y el señor venía y me pagaba... A veces, me iba para Carora a ver a los muchachos.

Todas las mañanas, Lola abría la biblioteca para que esta talladura de Francisco Narváez en la que aún reposa parte de la colección privada más completa de habla hispana se fuera venteando. Pasaba la escoba, el cepillo, arriba donde están los libros, porque al Doctor no le gustaba que le tocaran sus libros. Su biblioteca como él la arreglaba. Él me decía: "Mire, Lola, esto va aquí y esto va aquí, porque yo quiero tener todo como lo tengo, porque así sé dónde tengo mis cosas"... Era un hombre tan delicado con sus cosas que yo, a veces, me ponía incómoda.

Después de la abrir la biblioteca, Lola recogía El Nacional y El Universal en la entrada de la casa y los subía hasta la entrada del cuarto del Doctor. Entonces, servía la mesa para el desayuno. El Doctor despertaba a las 6:45 cada mañana.

En esta casa se desayuna a las 07:45 am

Dos platos, cubiertos, dos copas para el agua y un pocillo volteáito para que él lo enderezara cuando le traían el café, la leche hervida. En el centro, mermeladas de naranja, fresa, limón y piña, miel y azúcar. Menú del Doctor: un Nescafé descafeinado, una rodaja de pan tostado, una toronja, media si es grande. Eso sí: que no faltara la cosa como un cuchillito y tú lo metes y después sacas el gajito. Le fascinan los huevos, de varias maneras, como sea. Para la señora Isabel, todo en porciones pequeñas servidas a manera de exquisiteces que no parecen engordar: una arepita chiquitica, un periquito, un pancito con mantequilla... Y allí los dejaba Lola, desayunando en la intimidad que sugieren sus pijamas, cuidando la postura aunque se lleven pantuflas, la elegancia del decir las primeras palabras del día, el uso del "usted", las porciones que se llevan a la boca... Discretos, sin afectaciones, enamorados.

Mientras tanto, Lola comenzaba a barrer y a coletear el piso de arriba, a sacudir los muebles y las sillas en los que conversan el Doctor y su señora, los cinco cuartos, el vestier, los cuatro baños. Lola es metódica y estudiadísima en los secretos más sutiles de la limpieza: conoce las bondades del cloro, los beneficios del Lavansan y los peligros de ese producto "que desmancha más, que desinfecta más, que limpia más y no daña". Y advierte: sin ligarlos porque eso lo mata a uno. Nada de cera. Pulidora todos los días, porque si al piso no le echas cera, ¿cómo le sacas brillo?... Yo me las ingeniaba y le ponía vinagre pa' que aunque sea

brillara un poquito... Pride para la madera, para los marcos de los cuadros porque a él no le gustaba que a los cuadros yo le fuera a pasar algo, porque él decía que se le caía la pintura. A Felipe de Borbón tampoco se le toca. Su jovencísima sonrisa de premio Príncipe de Asturias ya es impoluta.

Lola todo lo hacía en silencio y con el ahínco de quien sueña que viaja por los caminos estelares de Carora, porque soñar era lo más adecuado en los momentos más inoportunos, porque soñar prometía cosas maravillosas, porque siempre que sostuvo una escoba y un trapo fue para soñar, bailar y limpiar ignorando la presencia de posesiones culturales, que los hechos fascinantes duermen empolvados y que cada objeto conserva su propia memoria como los gallitos rojos: yo voy pasando, y soy un poquito caderona, y le pego con la punta ¡Y se viene ese gallo! Yo lo atajé, pero se le partió la cresta. Quedó completico. No más que se sintió. Para mí que era que estaba sentido. La señora me dijo: “¡Ni me hables más!” Y yo dije: “¡Estoy botá!” Y él me dijo: “¡Usté me va a acabar con todo!” Y lo que hice fue llorar... Él lo mando a arreglar y quedó igualito... Yo no tengo idea dónde pararon los gallos esos. Tengo tiempo que no los veo.

El Doctor y su señora subían al culminar el desayuno y el Doctor se disponía a leer los acontecimientos nacionales e internacionales. No perdía detalle mientras no se le cansaran los ojos. Cuando así ocurría, y si era martes, miércoles o jueves, iniciaba, aún en pijama y pantuflas, una media hora en la bicicleta. A las 10:00 de la mañana era la hora de su baño, porque los doctores también sudan y él se enjabonaba enjabonaíto que tú no lo ves. Mientras lo hacía, tarareaba las Cuatro estaciones de Vivaldi. Ese encanto de un conjuro hecho canción, arrastraba a Lola a la pata de la escalera: la cantaba en inglés tan bonito que a mí me gustaba oírlo mientras preparaba a la señora Isabel o realizaba algún retoque de limpieza.

Ya para las 10:30 de la mañana, bajaba el Doctor: distinguido, vertical, culto hasta en el andar que lo llevaba al lugar que reúne la palabra humana y a los hombres que tuvieron la valentía de convertirse en verbos, ese espacio de la casa que le perteneció y al cual perteneció: la biblioteca, “el corazón de Arturo” como dijo el doctor José Rafael Revenga. Allí escribía sus pizarrones hasta llenar la papelería con ellos. Su hobby era su biblioteca. Su vida era la biblioteca. De ahí era que no salía. Metió en su biblioteca hasta el mediodía. A veces, escuchaba música clásica, de las que se oyen de violín. Los recuerdos suenan cuando quieren hacerse inmortales. Fuera a meterme allá estando él ahí a hacerle bulla. No le gustaba, porque el Doctor no concedió licencias ante lo que no le agradaba. Por eso, defendió sus principios como los pensó y como los creyó, pero no era un hombre injusto. Si él veía que alguien tenía la razón, se la daba, pero tampoco era un hombre de pedir disculpas. Se hizo sabio, inconfundible y un recuerdo pertinente. Caballero siempre, aunque cuando cogía una rabia se le salía la espuma por la boca... Una vez gritó “¡Carajo!” y más nada. De ahí no pasó y se le pasó su rabia.

En esta casa se almuerza a las 12:45 pm

Desde cinco horas antes, Bertalina cocinaba las tres comidas y las meriendas. Lo hacía con esa sazón ancestral que trae la mano negra: sancochitos, chupe, pollo al horno, pabellón con la carne tostadita... El Doctor comía de todo. Decía que le gustaba el mondongo, pero yo nunca lo vi comiendo. Nunca vi que se lo hayan preparado. Para el postre, tortas, frutas. El chocolate que no faltara en su mesa ¡Kilos de chocolate de La Praline!

Durante el almuerzo de los Uslar Pietri, Lola recogía los pizarrones ya olvidados por el Doctor. En ocasiones, trataba de pegar algunos con más curiosidad que éxito. Recogía algunos libros. Por donde tú pasabas, conseguías un libro. Una vez revisó uno de Alfredo Boulton que echaron en la papelería no sé por qué. Ya no tenía la portada y le gustó. Se lo pidió al Doctor y el Doctor se lo regaló. También le regaló un libro para su papá: **Las lanzas coloradas** y para un sobrino, un cuento que cree es de **Tío Tigre y Tío Conejo**. Nunca me dijo que no para regalarme un libro.

Cuando Lola olvidaba apagar la luz de la biblioteca, el Doctor replicaba:

—Lola, ¿las cucarachas leen?

—No.

—¿Y por qué dejas la luz prendida?

El Doctor tenía un carácter fregao', pero estaba aprendiendo poquito conmigo.

Si el chofer no había traído El Mundo y otro periódico que no me acuerdo, Lola debía ir al quiosco por ellos. Cuando el Doctor y su esposa subían, era el momento del almuerzo de Lola y comía lo mismo que el Doctor y su señora menos las entradas.

En esta casa las visitas se reciben después de la siesta

Cuando yo llegué, él estaba tan activo que, a veces, tenía reunión en la calle. A veces, aquí tenía una o dos o tres reuniones. A veces, no hacía siesta, porque no le daba tiempo. Tenía que atender a la gente con la que se reunía: los curiosos que pautaron irrumpir en los saberes del Doctor, en sus días en París, como ministro durante la presidencia de Medina Angarita, como diputado, en la histeria del golpe de estado, en los intentos de saqueo de su casa cuando se encontraba en Nueva York durante el exilio y de cómo Narváez protegió sus miles de libros, cuando fue candidato a la presidencia o por la anécdota del teléfono rojo que, por superhéroe, le corresponde. Y así interrumpir la quietud de otro descanso en pijama, recordándole al Doctor que sólo su casa, su jardín, su biblioteca, sus principios y sus afectos eran los mismos, que todo lo demás era irrelevante porque había cambiado o desaparecido, excepto la campana y la extensión de la cocina para llamar a la asistente Lola y despachar, no sin cortesía, a la visita.

Pero hubo otras tardes dedicadas a ese pasado que hizo falta para vivir: la visita de Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Hugo Chávez, Javier Vidal y hasta la de su alteza real Felipe de Borbón en “agenda de tiempo reservado”, la de los estudiantes ansiosos por aprender para quienes siempre hubo tiempo para enseñar, la de amigos muy suyos y familiares muy queridos, todos gentes del bien que ostentaron honores apoteósicos y previa cita, y que le recordaron al Doctor la relevancia de las cosas sencillas y hermosas que aún no se le habían perdido, que ese día era tan maravilloso como todos los anteriores y que la campana también sonaba para colmar a las visitas de esas atenciones que aún hoy solo son conocidas por el Doctor y Lola, su cómplice.

La llamada de un padre preocupado por su hija en la capital del país no se hizo esperar:

—¡Loooola venga que su papá la está llamando!

—¿Mi hija está trabajando en casa del doctor Uslar Pietri?

—Sí, soy yo.

Mi papá se quedó callaíto. No lo creía... ¡Y todavía no se había leído *Las lanzas coloradas!*

En esta casa se merienda a las 4:00 pm

Un chocolate, un bocadillo de plátano o de los que vienen de Colombia, o un batido de lechosa, de guanábana, de parcha y después de la merienda, la caminata. Por lo menos cinco o siete vueltas por toda la casa. Desde las 5:30 hasta las 7:00 de la noche. Todos los días. Y todos los días en paltó: él vivía empartolao', mi amor. Se ponía un partó en la mañana y, al medio día, se lo cambiaba y si tenía entrevista, se cambiaba dos y tres veces.

En esta casa la cena es a las 7:45 pm

En el pantry. Una crema de entrada. Luego, una manzana o una pera horneada, frutos del jardín del Edén que los rodeaba, unos huevos... Culminada la cena, culminaba el día el día de los Uslar Pietri. No así el de Lola, quien corría a recoger más papeles, encender el deshumidificador de la biblioteca y cerrarla. Lo hacía con prisa, porque muchas de esas noches cenaba junto a Marina Baura desgarrándose por Raúl Amundaray en uno de los trescientos capítulos de “La Usurpadora” por Radio Caracas Televisión.

El Doctor muy poco tomaba. Si tenía un invitado y era especial como el doctor Revenga, se tomaba uno o dos whiskys con agua. De ahí no pasaba. Si no tenía visitas, un oportó... Cuando yo lo ví que tomaba más fue cuando se le murió la señora. Se tomaba dos o tres ponche crema. Como que se sentía solo. Los ojos los tenía rojo. Para mí, había llorado, pero en su cuarto, en su baño. No era gente de desesperarse como se pone uno. Él no... Cuando estaba la señora viva habían unas matas que eso era tan precioso que la gente le pedía a veces permiso para venir a tomarse fotos. Al morir la señora, las matas empezaron a morir... De alguna manera, todo comenzó a morir.

En esta casa...

Declarada Patrimonio Cultural de Caracas, aún vive Lola convertida en una memorabilia real y mágica en la que resiste un relato de fe. Cada vez que Lola recuerda, su sonrisa brilla tan genuina como el reflejo en los pisos que aún pule, porque intuye que el recuerdo es el gusto que se da su memoria, el lujo que puede darse con derroche, la dicha que le queda y que sostiene esa realidad que fue, que ya pasó, que fue mejor y que recobra cada vez que recuerda. Esa realidad de hace más de veinte años, cada vez más intangible, inconsistente, que desanda su historia y que le enseñó una forma distinta de vivir el día y todos los días, aunque aún no se ha leído **Las lanzas coloradas**; la novela más célebre de su Doctor.

Caracas, 2013